

na. En el caso de este libro, situado en las proximidades de la muerte, Lihn esquivo cuidadosamente el equívoco de estar escribiendo casi desde la ultratumba: "Nadie escribe desde el más allá/ Las memorias de ultratumba son apócrifas/ En la casa de la muerte sólo se encuentran agonizantes lectores/ algunos vivos que curiosean allí, pero no muertos. / Aunque el libro tibetano de los muertos diga que se dirige a ellos/ no hay lectores en el más allá, muertos que no guarden las formas y la gravedad de la noche".

El factor más constante del pensar de Lihn fue el escepticismo amargo de todas las causas y de todas las creencias. Llegó al borde de la muerte con su escepticismo relativamente intacto, a juzgar por su penúltimo poema: "Estoy tratando de creer que creo/ no es el mejor punto de partida/ pero al menos dudo de mi escepticismo/ como de una racionalidad sin antecedentes/ no ha sido para mí, en su larga trayectoria/ un particular motivo de orgullo/ Creer pero lo más lejos posible/ de la Iglesia Católica y romana/ a años luz del superpapa". Obviamente yo no deseo a nadie tal género de muerte, pero debo reconocer al hablante tanto su coherencia —la coherencia de sus odios, incluso— como su capacidad para transformar en poesía la más desesperada de sus perspectivas, la muerte como aniquilación total, porque este libro desconfía de todo posible *sentido* del dolor y de la muerte —dos tremendos puntos ciegos en su horizonte—, si bien el poeta no se hace el heraldo trágico de la causa del sin sentido ni el profeta del absurdo, porque hasta de esta causa descreo, y hasta del escepticismo duda.

IGNACIO VALENTE

<https://doi.org/10.29393/At459-24GLIV10024>

EL GENERAL EN SU LABERINTO

De *Gabriel García Márquez*

Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1989

Por primera vez en su largo trayecto literario, García Márquez ha elegido la historia —en este caso los días finales de Simón Bolívar— como la horma de su novela. El Libertador viaja por el río Magdalena hacia Cartagena de Indias, camino de su exilio voluntario en una Europa que nunca alcanzará. Se lo describe en sus postrimerías, más avejentado que viejo, tan transido de gloria pasada como de frustración y decrepitud presente, hablando casi desde las fronteras del Más Allá, febril y sentencioso, mientras ve derrumbarse entre oscuros cuartelazos su sueño unitario de una Hispanoamérica convertida en la liga de naciones más vasta, extraordinaria y fuerte que haya aparecido sobre la tierra. Su desilusión tiene algo de profético, y es una clave histórica para revelar la naturaleza política profunda de este continente condenado a fluctuar entre la utopía y el fracaso. Su navegación final por el Magdalena evoca a la letra los versos de Jorge Manrique, referidos tanto a su destino personal como a la suerte de las Américas desunidas: "Nuestras vidas son los ríos/ que van a dar a la mar/ que es el morir. / Allí van los señorios/ derechos a se acabar/ y consumir".

Un tono de melancolía profunda, no exenta a ratos de humor, impregna estas páginas crepusculares. La trama, con su evidente interés histórico y novelístico carece, sin embargo, de suspenso, seguramente en virtud de lo previsible de la acción, y la realidad no trasciende esta vez hacia lo mágico, sin duda a causa del carácter histórico del relato. La novela, en efecto, plantea de lleno las problemáticas relaciones entre historia y ficción, entre literatura y realidad.

Es visible el esfuerzo de García Márquez por ceñirse, hasta en la minucia de los detalles, a una documentación histórica rigurosa, que pone en serios aprietos al vuelo habitualmente desatado de su libre imaginación creadora. Sin embargo, en lo substancial el novelista ha salido airo-

so de la prueba, pues la historia de Bolívar ha sido casi enteramente absorbida en la fantasía habitual del autor. Llega a dar lo mismo, a los ojos del lector, que el pie forzado provenga de la historiografía, de la leyenda, del mito o de la pura invención narrativa. El origen histórico de los materiales de la novela borra sus propias huellas al sumergirse en el caudal de la imaginación casi siempre triunfante de García Márquez. A fin de cuentas, todo es inventado si se trata de una verdadera novela, como es el caso. Sólo aquí y allá se aprecian elementos de historia cruda, pegotes documentales sin metamorfosear: datos inútiles que vienen exigidos por la fidelidad a los hechos pero no por la dinámica de la novela misma. Estos son pocos, en todo caso, y de menor cuantía.

El procedimiento del montaje narrativo es en extremo simple. Cada cierto trecho, durante el presente del viaje final, una mención del pasado —una asociación casi espontánea— da lugar a un *flashback* o un *racconto* que nos retrotrae a episodios correspondientes de la vida pasada de Bolívar. Es entonces la vida entera del Libertador la que se evoca al hilo de sus días finales. Los recuerdos cuelgan del presente en ordenada sucesión, por supuesto que desde distintos tiempos pasados, según convenga a la índole de la anécdota o a la revelación sucesiva del carácter del protagonista. Debe añadirse que a veces el enganche de la rama central resulta un poco forzado o artificioso, casi mecánico, pero no veo cómo pudiera haberse evitado el problema, dada la naturaleza ambigua de la novela histórica. La estructura interna del relato no tiene, pues, nada del laberinto mencionado con el título: es la estructura lineal de un árbol o de una rama, de cuyo tronco o tallo central se desprenden los frondosos vástagos de la memoria.

García Márquez ha dicho que ésta no es una novela. Sin duda ha querido enfatizar así su dependencia con respecto a una completa documentación histórica. Pero el que un texto sea verdadera novela no proviene del origen de sus materiales ni de la veracidad histórica de los hechos narrados, sino de la calidad interna del texto, y de la contextura autónoma de su lenguaje. Y este libro, no importa cuán dependiente sea de modelos "reales", posee sin lugar a dudas la consistencia interna de la novela, su nivel imaginario, el paso o impregnación de sus materiales por la subjetividad creadora del autor, la reordenación de los hechos con arreglo a un cierto sentido suyo de la vida, e incluso con arreglo a una cierta interpretación de los males endémicos de la política en Hispanoamérica.

En definitiva, la novela es una verdadera ficción, porque ha reinventado a Bolívar, que se parece asombrosamente a los mejores personajes de García Márquez, a los mejores Aurelianos de *Cien años de soledad*, por ejemplo. Tanto es así, que más bien se siente uno tentado a formular la ecuación inversa: no que García Márquez se documentara sobre Bolívar —cosa que sin duda hizo exhaustivamente—, sino que Bolívar, sin saberlo, parece haber existido en una forma difusamente garciamarquiana, y más aún, que toda la historia bolivariana —por tanto, iberoamericana— parece haberse escrito a sí misma con la escritura de García Márquez, a la manera pirandelliana de los personajes —esta vez muchos— en busca de autor.

El único pie forzado de la historia que el novelista no consigue vencer del todo se refiere, no tanto a episodios o datos particulares, ya mencionados, cuanto a una cierta pesantez de la anécdota, que no fluye con el suspenso y el interés de las novelas enteramente inventadas de García Márquez, y que hace del libro una lectura menos apasionante que, por ejemplo, *El coronel no tiene quien le escriba* o *Crónica de una muerte anunciada*. Este ligero peso muerto era completamente de préver, pues por muy grande que sea la fuerza de absorción de la fantasía del autor, el elemento ya previamente dado de su historia no puede sino hacerse sentir en ciertas páginas más opacas o menos fluyentes. Para aliviar ese peso, García Márquez necesitaba haberse concedido a sí mismo mayores libertades creadoras; pero escogió —seguramente con buenas razones— la escritura no sólo verosímil sino incluso verídica hasta los detalles.

El novelista ha hecho a su personaje descender del pedestal de la historia o de la leyenda glo-

riosa, para animarlo con una auténtica humanidad vital. Lo ha convertido en un ser humano próximo e imperfecto, quizás para irritación de ciertos historiadores demasiado convencionales. Pero no ha podido darle una humanidad del todo cálida ni una genuina identidad personal como carácter. El Bolívar de esta novela conserva algunos rasgos hieráticos, y las sentencias brotan de sus labios como listas para el bronce del futuro. Su humanidad no llega hasta el límite novelesticamente perfecto de la individuación.

Como ya es habitual en García Márquez, la prosa de *El general en su laberinto* está viva, como animada por una ánima interna, como encantada. El autor tiene un excelente oído poético para el idioma. ¿Quién escribe así hoy día en castellano? Hay que remontarse a los clásicos para encontrar parangón a esta excelente prosa. El lenguaje es de una austera sobriedad: apenas roza la superficie de los hechos para darles vida. Carece de toda morosidad; carece incluso de énfasis, y sabe huir bien del demonio de lo explícito. El alado roce de su prosa es suficiente para suscitar la revelación del protagonista en el lenguaje. En suma, García Márquez ha hecho lo mejor que podía hacerse dentro de la pesada horma de la fidelidad a los hechos históricos: ha estado a punto de reinventar a Simón Bolívar en el laberinto de sus apasionantes vicisitudes.

IGNACIO VALENTE

EL TEMOR Y LA FELICIDAD

De Sergio Peña y Lillo

Editorial Universitaria, 1989

El temor es el sentimiento más atávico de la especie, y la felicidad es la aspiración más universal del corazón humano. Curiosamente, ambos se alimentan entre sí: "Sin la esperanza de la dicha no existiría el temor, y sin el vencimiento del miedo no es posible la felicidad", escribe el psiquiatra Sergio Peña y Lillo en su sugerente libro dedicado a ambas realidades fundamentales del psiquismo humano, y escrito en un lenguaje que, sin desdeñar el rigor de los tecnicismos, se abre a la comprensión llana de todo lector, con un especial énfasis en la vertiente *espiritual* —ética y religiosa— del temor y la felicidad, aspecto en el que cosecha sus mejores aciertos.

El lector que busque *recetas* psicológicas para superar el miedo o alcanzar la dicha —lector siempre abundante en el género— quedará desilusionado de este libro. No hay fórmula alguna para habérselas con dos realidades que ponen en juego a la totalidad de la persona humana en su hondura más íntima; y éste no es un libro de fórmulas y ni siquiera un manual psicoterapéutico. Es un libro escrito en la frontera entre la medicina y el humanismo, entre la experiencia clínica, el sentido común y el sentido trascendente de la vida, que podrá ayudar a las personas sanas a buscar una mayor plenitud de vida. La patología es aquí el punto de contraste que permite conocer mejor los dinamismos de la mente normal: esa salud profunda que consiste en la *normatividad* de la existencia, siendo la enfermedad sólo el "revés negro" —dice el autor— del deber-ser humano.

Aunque todo esquema sea precario en esta materia, Peña y Lillo esquematiza así, de manera muy convincente, las cuatro actitudes básicas que componen el temor (y por tanto la infelicidad): la anticipación imaginaria del mal, la contaminación del presente con el pasado, la resistencia al sufrimiento, y el deseo o la ambición. Sobre estas cuatro trampas de nuestro cautiverio trata el presente libro; en la medida en que se nos abran esas cuatro puertas que encierran a la *conciencia equivocada*, podemos aspirar legítimamente a la alegría, esa misma que el mundo contemporáneo suele dilapidar a través de una sumatoria estéril de "placeres sin alegría" o de "bienestares sin felicidad".